



La angustia: ¿entre el espejo y el cuadro? Consideraciones sobre su estructura

Hay una estructura de la angustia. Este planteo configura el recorrido que Lacan lleva a cabo en su seminario 10 en la medida en que, suponerla enmarcada, introduce el interrogante acerca del estatuto del espacio que le es inherente. A su vez, la dimensión del marco enlaza a la angustia con el fantasma, el cual da el cerco o los límites del cuadro de inhibición, síntoma y angustia con el que comienza el seminario.

La distancia entre lo euclidiano y lo topológico interroga a Lacan a lo largo de los años. Incluso comanda muchas de sus elaboraciones, y resulta lógico volverlo a encontrar respecto de la angustia por cuanto ésta implica al cuerpo, pero no a uno que pudiera reducirse a lo especular del cuerpo imaginario, sino que ella es el índice de una dimensión Otra del cuerpo. Entre los seminarios 10 y 11 asistimos a una elaboración que, a Lacan, le hace posible contraponer dos modos del campo, disímiles, pero ambos con marco: se trata del espejo y del cuadro.

La apuesta es a destacar cierta heterogeneidad entre las dimensiones del campo que ambos conllevan, aún cuando el marco sea común a ambos. Del lado del espejo se sitúa lo geométrico, o sea lo especular, lo que se asocia al moi, a lo imaginario como velo o cobertura. Del lado del cuadro, en cambio, se asocia la mirada en su evanescencia, lo topológico con el borde que acarrea. Si a nivel del espejo se plasma lo que se representa; del lado del cuadro la función de la mirada pone en primer plano la extracción que es condición de la imagen. Si el estadio del espejo da la “repartición” de lo simbólico y lo imaginario, ésta se soporta de la extracción de la mirada que hace posible la representabilidad de la imagen, punto en el cual la mirada ex-siste a la imagen.

Entiendo que el trabajo que Lacan lleva a cabo entre ambos seminarios hace posible delimitar a la angustia como cabalgando entre ambos campos enmarcados: espejo y cuadro. La aspiración es no reducir a la angustia a lo fenomenológico, incluso eso le posibilita ampliarla respecto del apronte angustiado freudiano, entonces: ¿qué es la angustia si la separamos de la espera? Es un corte. Dice:



“Hay angustia, cuando surge en este marco lo que ya estaba ahí, mucho más cerca, en la casa, *Heim*. [...] ...este huésped desconocido...” (Lacan, 2006: 86)

Esa extrañeza que brota en el margen, el cual es a su vez la consistencia de un borde, es el producto de un corte. Y el problema, para Lacan, es como dar cuenta de él, del corte.

Definir a la angustia como corte vuelve patente el requerimiento topológico en el abordaje del cuerpo, con la consecuente afectación del estatuto del objeto, porque la pregunta es ¿cómo se escribe dicho corte? ¿sobre qué superficie? El uso de la topología de superficies, a esta altura de su enseñanza, conlleva el uso de un recurso (la botella de Klein, la banda de Möebius, el Plano Proyectivo o el Cross-cap y el Toro, según cada momento), una superficie que se presta a la escritura. Entre ellas el Toro tiene un privilegio, el que justifica su presencia de punta a punta de su enseñanza, y es que su agujero central le hace posible escribir dos tipos de círculos que metaforizan tipos de corte: algunos reductibles a un punto; y otros no reductibles. O sea que con esta topología se le hace posible una escritura de lo irreductible. Se trata aquí de una formalización posible para escribir ese corte que el significante insufla al desnaturalizar, cavando un surco en lo real, y la angustia testimonia de los efectos de dicha operación.

El uso de la topología lleva al cuerpo a ser considerado como una arquitectura de agujeros, o sea que, discurso mediante, el significante opera cierta organización a nivel de los agujeros corporales. Respecto de ello, la angustia como afecto es un índice de lo no simbolizable. Hay aquí un cierto desplazamiento: de la angustia como lo que pone en acto la función de la falta; a la angustia asociada al agujero en lo que tiene de irreductible. El recurso topológico es aquí decisivo. Si bien un agujero se puede colmar, no todos son colmables, y ello es ejemplificado a través del uso del Cross-cap. Debido a la estructura de dicha superficie no hay posibilidad de escribir allí un círculo reductible a un punto, o sea que a través de ella Lacan “delimita”, o sea que topologiza, lo irreductible de la falta, lo cual es constituyente de la posición del sujeto en la medida en que, para su advenimiento en el lugar del Otro, se cuenta como tal, falta.

Lo que con la topología se escribe es la radicalidad de la falta y su valor causativo en la constitución del sujeto. No casualmente entonces encontramos en *Los cuatro*



conceptos...un desplazamiento que lleva de la falta a la falla, y de allí al valor causal de la hiancia.

Por este abordaje la angustia cabalga entre dos dimensiones en la práctica analítica. Es por un lado una señal en el moi, el índice de un real que irrumpe en lo imaginario determinando ese efecto de extrañeza propio de lo *Unheimliche*. Y en esta dimensión queda, de alguna manera asociada a lo plano del espejo por cuanto es en ese campo que se manifiesta.

Pero, por otro lado, la angustia es el testimonio de un “vicio de estructura”. Es en la relación con el Otro, soportada de la estructura del discurso, donde la praxis analítica se topa con ese vicio, que no es otra cosa que la falta significativa. Pero no la falta de uno *x* o *y*, sino aquello que el *S* (%) escribe: la función significativa de la falta, el límite de lo posible de escribir. Se trata de una falta/falla que no es una ausencia, y que el significativo no podrá más que metaforizar sin eliminar; a la par lo imaginario no podrá allí más que parodiar. En este punto la angustia es más bien solidaria del cuadro por cuanto testimonia de eso imposible que condiciona al sujeto en su existencia.

Entonces, como afecto, la angustia cabalga, si se quiere, entre espejo y cuadro, por ser a la vez señal en lo imaginario e índice de lo real. Entiendo, para finalizar, que esta brecha a nivel del concepto abre un margen clínico para el sujeto, y ello en la medida en que permite la distancia entre la verdad y lo imposible. Si del lado de la primera queda la impotencia para acceder a lo real; del lado de lo imposible queda el “poder” (1992), el poder de la pérdida, que habilita el desasimiento por cuanto abre un margen para conmover la sujeción al deseo del Otro.

Bibliografía:

- Granon-Lafont, J. La topología básica de Jacques Lacan. Buenos Aires. Nueva Visión. 1987.
- Lacan, J. El seminario, libro 10: La angustia. Buenos Aires. Paidós. 2006.



- Lacan, J. El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós. 1991a.
- Lacan, J. De nuestros antecedentes. En Escritos 1. Buenos Aires. Siglo XXI. 1991b.
- Lacan, J. El seminario, libro 17: El Reverso del Psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós. 1992.
- Rabinovich, D. La angustia y el deseo del Otro. Buenos Aires. Manantial. 1993.
- Soler, C. Declinaciones de la angustia. Collège Clinique de Paris. Curso 2000-2001.